

EL SALMANTINO

PERIÓDICO DE CIENCIAS Y LINGÜÍSTICA.

Este periódico, al cual se suscribe en Salamanca á 4 rs. al mes en las librerías de *D. Juan José Moran y D. Domingo Blanco*, y 5 rs. fuera franco de porte en las principales del reino, se publicará una vez cada semana.

QUEBADA AL SIGLO XV.

Hay siglos en que la razon humana, siempre activa, está como dormida y alestargada, otros en que sus mas insignificantes proyectos encuentran con obstáculos insuperables; y otros en fin, en que da cima con maravillosa facilidad á las empresas mas gigantescas. Se ha observado tambien, que hay siglos modestos en que los hombres acuden con afan á la tarea de la civilizacion, asi como los hay que parecen destinados á desplegar con magnificencia los tesoros acumulados por los primeros.

El siglo XV es notable entre muchos por la grandeza y multiplicidad de los descubrimientos. Inventóse la pólvora en él; hallóse la imprenta; se aprendió á grabar en cobre; se hizo uso de la brújula; se dobló el Cabo de Buena-Esperanza; se descubrió el Nuevo-Mundo, y se concluyó con la dominacion de los árabes en España.

Ni fue nuestra patria la que se presentó con menos gloria en la escena europea: Gonzalo de Córdoba conquistaba el reino de Nápoles y se recogian los frutos del sabio y laborioso reinado de la famosa Isabel de Castilla: se habian domado á la sazón las facciones que alzaban á cada paso los grandes vasallos de la corona: el pueblo estaba menos inquieto, y la monarquía descansaba en la firme base del amor y de la confianza de los españoles. ¡Lástima fue que gobierno tan feliz se desluciese con el malhadado establecimiento de la Inquisición!

No habian tenido hasta mediados de este siglo las naciones un ancho teatro donde desplegar su política y sus fuerzas: se coligaban por intereses parciales: quebrantaban con escasos miramientos los tratados y eran como antojadizas sus alianzas: pero hácia este tiempo en el cual, derrotado el feudalismo, empezaron los ejércitos permanentes, cada nacion tenia ya una fisonomía propia, disponia con mas desahogo de sus fuerzas y columbraba la necesidad del equilibrio europeo. La liga de Cambray á principios del siglo XVI contra los venecianos que tiranizaban los mares, es una prueba irrefragable de esta verdad.

El principio monárquico, juguete hasta entonces de los caprichos oligárquicos de los grandes, se presentó como un protector valeroso de los pueblos oprimidos: tal aconteció en España bajo los reyes católicos: en Francia bajo Luis XI: en Alemania bajo Maximiliano I, y en Inglaterra bajo el gobierno sagaz de Enrique VII. Diriamos que la gran familia europea fraccionada hasta allí por el despotismo de los señores feudales necesitaba que la encabezasen pocos y poderosos caudillos para concentrar sus esfuerzos.

En el siglo XIV estuvo por espacio de 70 años la silla apostólica en Avignon; el cisma ocupó el último tercio del mismo y la primera mitad del XV; los concilios de Costanza, Bala y Florencia se celebraron durante ella; de todo lo cual resultó que el principio religioso tan absoluto antes, se hiciese mas ilustrado: y como el género humano parece destinado desgraciadamente á marchar por oscilaciones estremas,

pasó del fanatismo furioso de las cruzadas á la resolucíon imprudente y desacertada de las cuestiones mas árdúas en el siglo XVI.

Las ciencias se enseñaban muy mal, pero la literatura empezó á florecer en medio de las revoluciones de la Toscana, con el Dante, el Petrarca y Boccaccio. Finalmente en este siglo cayó Constantinopla bajo el poder de los turcos; y este acontecimiento cuyo influjo benéfico en la restauracion de las letras miran muchos como problemático, estremeció la Europa entera y acabó con la última reliquia del poder romano.

Así como cada una de las estaciones, además de su carácter propio, tiene al empezar el de la precedente, é influye en la que la sigue, pudieramos asegurar que los grandes sucesos del siglo XVI no hubieran tenido lugar sin la lenta incubacion que el siglo XV hizo de los gérmenes que los produjeron. — *Manuel Hermenegildo Dávila* (1).

HISTORIA DE LA CIVILIZACION ESPAÑOLA.

Amigas de Alfonso el sabio.

Al hablar del rey mas sabio de la Europa del siglo XIII un pensamiento amarguísimo nos asalta, capaz de desvanecer las mas bellas ilusiones y de ahogar en los labios el grito de entusiasmo en que nos hace prorrumpir involuntariamente el vuelo sublime de la ciencia humana. La debilidad y la pequenez estan al lado de la grandeza y el árbol altivo y cubierto de verdura lleva en su seno el gusano que le corroe y le destruye. Alfonso X, cuya fama se extendió por todo el orbe conocido entre las densísimas nubes de la edad media, y cuyos gigantescos talentos le han conquistado uno de los mas altos lugares en la historia de la literatura, fue un príncipe débil, inconstante, falto de tino práctico, é incapaz por su poca energía de dominar la difícil situacion en que se encontraba. El célebre autor de las Partidas, monumento eterno de nuestras glorias que nos vindica de las diatribas extranjeras, al mismo tiempo que formaba la obra jurídica mas cabal, mas sistemática y mas sabia de los siglos medios, que revestia el idioma castellano de una dignidad grave y régia, que daba un empuje atrevido á la astronomía y hacia sentir en aquellos tiempos incultos los suavísimos acentos de una poesía bella y sencilla; aturdído y liviano se enemista con el rey de Aragon y de Navarra, se atrae las antipatías de los pueblos, convierte á los nobles en enemigos y llama á una princesa de apartadas regiones para manchar el tálamo nupcial y romper con un crimen un

matrimonio indisoluble. El culpable divorcio no se consumó; pero la hermosa extranjera vino al suelo español para ver abogada su vida en sus primeros albores y contemplar la ligereza y la perfidia del monarca castellano. ¿Qué importa la luz del talento que se apaga al recio soplo de las pasiones, si el corazón no se fortifica bajo el enérgico influjo de la virtud?

Hemos hecho estas prevenciones, porque con ellas se comprenderá fácilmente la volubilidad de afectos del rey D. Alfonso y la contradiccion que aparece entre su vida y sus ideas. En este monarca hay dos hombres, el sabio esclarecido que concibe planes audaces, que produce revoluciones en las ciencias y las letras, que no reconoce rivales en la alta region á que se encumbra, y el rey débil que avasallado por una ambicion inmensa no tiene poder para satisfacerla, que rebaja su dignidad con pasiones viles y que carece de tino para tratar con el pueblo, con la nobleza y con los demas reyes.

Varias fueron las mugeres de quienes tuvo hijos Don Alfonso, sin que la santidad del matrimonio los legitimara; hablaremos solo de las tres que vivieron con él mas públicamente, y cuya descendencia cuenta una serie larga de ilustres personajes. La primera, segun el conde D. Pedro, se llamó Doña Daulada; Salazar dice que su nombre es Doña Dalanda y otros la denominan Aldonza. De ella nació D. Alfonso el Niño que casó con Doña Blanca, señora de Molina, y al que hizo el rey gobernador de Sevilla.

La segunda que menciona el conde D. Pedro es Doña María Alfonso, hija de Alfonso IX. Esta princesa estuvo casada con D. Alvaro Fernandez, y habiendo quedado viuda contrajo amistad con el rey sabio su sobrino de la que nació Doña Berenguela.

La tercera se llamó Doña María Guillen de Guzman, á quien otros dan el nombre de Doña Mayor. La crónica de Alfonso el Sabio dice que fue hija de D. Pedro Guzman. De esta señora y el rey nació Doña Beatriz, que segun Brandaon contrajo matrimonio con el rey de Portugal D. Alfonso III en el año 1253.

No se crea que removemos las cenizas del rey mas sabio de España para afear su memoria; no: la historia no se ha hecho para encarnizarse en los muertos sin dar lecciones á los vivos. Al resucitar los nombres oscuros de las amigas de D. Alfonso hemos querido dar interés á una cuestion importantísima. Nos hemos propuesto combatir un error de mucha trascendencia en que ha incurrido el infatigable y erudito Marina y señalar el carácter de la civilizacion de los pueblos antiguos y de la Europa feudal en un asunto que afecta íntimamente las familias y las sociedades. Las concubinas, que nuestras leyes llaman amigas y barraganas, fueron reconocidas en la antigüedad y en la edad media y habitaban públicamente con los hombres de quienes tenian á veces larga y numerosa descendencia. En Roma existieron legalmente en tiempo de la república y del imperio, durante la dominacion del paganismo y á pesar de la influencia de la religion cristiana. Las leyes Julia y Papia Popena introdujeron algunas variaciones en el concubinato, y Constantino aunque no le creia en conformidad con sus creencias, no se atrevió á combatirle de frente y le prohibió solo entre personas ilustres. Los descos de este emperador no fueron secundados por sus sucesores, y Justiniano llama á la barraganía *licita consuetudo*, costumbre legitima. Leon el sabio fue el primero que prohibió el concubinato en Oriente; mas en el Occidente se conservó todavía por espacio de muchos siglos entre los francos, los longobardos, los germanos y los visogodos.

(1) Este artículo no es mas que la introduccion de otros que se publicarán sobre el siglo XVI.

En España la barraganía estuvo permitida hasta fines del siglo XV y apenas hay fuero en que no se hable con mas ó menos estension de las *amigas de los homes*. En el siglo de Alfonso X se hallaba muy generalizada aun entre los casados; no merece empero disculpa el autor de las Partidas, porque para él esta institución era inmoral, perniciosa y contraria al espíritu de la religion dominante. En el título 14 partida 4 dice: *«barraganas defendió santa iglesia que non tengan ningun cristiano, porque viven con ellas en pecado mortal.»* En el famoso concilio de Valladolid celebrado en el año de 1228 pensaron seriamente nuestros legisladores en la extirpacion de la barraganía y en poner un dique al desenfreno que perturbaba la paz de las familias rompiendo esos lazos íntimos en que se encuentra la felicidad doméstica cien veces mas intensa y mas dulce que los frenéticos goces del crimen. En los siglos XIV y XV las córtés se ocuparon repetidas veces de los perjuicios é inmoralidad del concubinato y dirigieron varias peticiones á los reyes para abolirle. Son notables principalmente una de las córtés de Valladolid á D. Pedro el Cruel, y otra de las de Soria á D. Juan I. Las disposiciones adoptadas no todas produjeron efecto, porque se hallaba el mal muy encajado en la sociedad y habia hecho nacer muchos y muy fuertes intereses. El celo y la infatigable constancia de nuestros prelados lograron por último dar otra tendencia á la opinion pública, y esta poderosa é irresistible palanca alcanzó el triunfo que en vano habian pretendido las leyes con su aparato penal.

Marina se lamenta de que lejos de haber sido benéfica al país la abolición del concubinato, hizo nacer la prostitucion y aumentó el infortunio de los desgraciados hijos que sin haber sido cómplices en la infamia de sus padres llevan marcado sobre su frente el signo de una pena bárbara é injusta. Nosotros por el contrario creemos que la civilizacion moderna lleva inmensas ventajas á la antigua en este asunto de interés tan vital para las sociedades, y que el cambio de la opinion pública europea acerca del concubinato ha sido saludable á la paz de las familias y al órden general del estado. Confesamos, sí, que las leyes han sido demasiado rigorosas contra el vástago inocente del crimen, y que han castigado en una sangre pura la infamia de la impudencia ajena. Los hijos naturales han espiado cruelmente las faltas de los que les dieron una existencia cubierta de oprobio, escarneada y sin porvenir, y la inocencia atormentada sin razon y sin justicia no puede menos de escitar vivísimas simpatías. Un motivo poderoso abona sin embargo á nuestros legisladores aunque no los justifique completamente; el mal era grave, intenso y pertinaz; preciso se hacia al combatirle valerse de medios eficaces aunque severos. Para obtener resultados seguros se necesitaba cambiar la opinion pública y dirigirla; la experiencia ha demostrado que la deshonra grabada sobre la frente del fruto del crimen era lo mas á propósito para producir una revolución en las ideas y facilitar el imperio de la ley que estirpaba la barraganía. El remedio era terrible, pero quizá indispensable; verificado empero el cambio en los sentimientos públicos, los gobiernos tuvieron el deber sagrado é imprescindible de mejorar la suerte de los hijos naturales, y de borrar las leyes que menguaban su dignidad de hombres por los crímenes ajenos.

Los resultados superaron las esperanzas y los pueblos han obtenido incalculables bienes. No hablemos del concubinato de los hombres casados, porque en este punto estaremos todos conformes. Esta costum-

bre de los siglos medios trastorna todas las relaciones sociales, abre llagas profundas en el bienestar de las madres y de los hijos, debilita el amor paterno, relaja la disciplina doméstica, y hace desaparecer esa identidad de ideas, de esperanzas y de deseos, que es la base de las familias y quizá de las sociedades. No habemos tampoco del cinismo de los clérigos de la Europa feudal, porque ese desenfreno era tan torpe y tan contrario á la pureza virginal de su estado, que no necesitamos recargar con feos colores el cuadro de tan impúdicas deshonestidades para que todos los hombres honrados piensen como nosotros. Colocada la cuestion en el terreno mas difícil, repito que el cambio de ideas en contra del concubinato de los célibes legos es una conquista de que puede desenvolverse la civilizacion moderna.

Permitid las uniones pasajeras é inmóviles de la juventud sedienta de placeres ó de la lujuriosa vejez que está leyendo ya las inscripciones de su tumba y desea con avidez aprovecharse de los deleites de la vida, y vereis disminuirse los matrimonios, multiplicarse los hijos, desenvolverse la prostitucion y menguar la dignidad de la muger.

Con el concubinato se disminuyen los matrimonios porque la necesidad imperiosa que arrastra al hombre en busca de una muger á quien hace partícipe de sus placeres y depositaria de sus penas, se satisface en la barraganía que tiene para el hombre ligero la ventaja de poder cambiar de compañera como de vestido. El matrimonio es una necesidad de los pueblos, y todo lo que tienda á disminuirle ó á debilitar sus ventajas es un perjuicio gravísimo en el órden moral y social. No defendemos el matrimonio porque sea un medio de aumentar la poblacion, porque es ya una verdad de las menos cuestionables en economia política, que los medios artificiales empleados con este objeto son generalmente perniciosos y absurdos: te defendemos porque la union perpetua del marido y de la muger es la única que puede establecer sólidamente la base de las familias fortificando esa identidad de afectos, de esperanzas y de ideas que hace comunes los intereses de padres é hijos, que ve en el porvenir de los segundos la gloria y el bienestar de los primeros, y que muchas veces contiene en sus extravíos al hombre criminal que teme traspasar la gangrena de su alma á los que son su continuacion y su imagen.

Dice el ilustrado Marina que el concubinato aumentaba la poblacion; nosotros convenimos en lo mismo, y no es esa una de las menos poderosas razones que tenemos para creer que es un gravísimo mal. ¿Queréis dar incremento á la poblacion con esa turba de mendaces presentando el espectáculo de sus llagas, que con su aliento pestilencial infesta vuestra atmósfera, y que al rozaros con él os comunica la podredumbre que le corre? No son habitantes los que necesitamos; harlos pueblan los campos, se agolpan en los talleres y os ofrecen trabajo en cambio de pan. De lo que habemos menester, es de alimento para dar vida á la escuálida multitud que nos rodea, de vestidos para cubrir sus carnes desnudas, y de virtud para fortificar su alma contra el infortunio; y no es por cierto el concubinato con su numerosa falange de nacidos la institucion mas á propósito para nivelar los recursos con los gastos y proporcionar educacion á esos seres que sin ella solo convienen al mundo para ser el azote de los demas. El concubinato legal en los pueblos modernos seria un nuevo combustible de esa grande hoguera que está debajo de nuestros pies, y que al menor impulso estenderá sus

voraces llamas convirtiendo la sociedad en pavesas; hablo del *pauperismo* que cunde y se propaga por toda Europa y que cual una sombra tremenda nos amenaza ya con incendios y revoluciones.

Los vínculos que ligan al padre y á la madre son una garantía de union entre los hijos y los que les dieron el ser; porque el amor filial no tiene mas que un solo centro. Entrambos padres tienen interés recíproco en robustecer el respeto de los hijos, porque ven en él una prenda de orden y de prosperidad para la familia. El concubinato por el contrario relaja la disciplina doméstica; porque las uniones pasajeras duran solo mientras vive el momentáneo fuego que las alimenta y son bien pronto sucedidas por el desvío, por la indiferencia y quizá por el odio, y el odio ó la indiferencia de los padres anonada su influjo sobre los hijos, debilita el respeto de estos, hace desaparecer la identidad de intereses y el desorden social es el corolario preciso de la anarquía doméstica.

Hemos dicho tambien que la prostitucion va unida al concubinato como la sombra al cuerpo. Porque ¿cuál ha de ser el término de esas mugeres que no tienen ya el escudo del pudor, y que en cambio de sus condescendencias reciben desprecio y escarnio del hombre mismo que ha herido profundamente su corazon y que como una vision magica ha hecho desaparecer los dorados ensueños de su juventud? Abrumadas bajo el peso del desprecio público, con el pie en la resbaladiza senda del vicio, faltas de porvenir y á la vista del hambre horrible que abre sus fauces descoloridas, se precipitan en el abismo de la prostitucion, como la roca desprendida de la cúspide de una elevada montaña descendiendo hasta lo mas profundo del valle vecino. Marina cree que la historia es una prueba de que con la abolicion del concubinato se aumentan la prostitucion y el libertinaje; pero si apelamos á la historia, las leyes de Partida nos dirán si en su época no se conocieron numerosas casas de mancebía y si el concubinato floreciente entonces era bastante para saciar la caprichosa y frenética lujuria de los hombres de guerra y de los que carecian de fortuna para sostener una barragana.

El sexo hermoso compone la mitad del género humano; dese entrada en la ley al concubinato, y esa mitad del mundo descenderá de la dignidad á que la ha elevado la civilizacion moderna, y la que fue reina en los albores de su juventud, al marchitarse sus gracias trocará la brillante corona de la belleza por los harapos del mendigo, y en vez del antiguo incienso recibirá envilecimiento y oprobio del seductor á quien ya causa hastío y que la arroja de su casa como un mueble inútil y mohoso.

Al comparar los tiempos de D. Alfonso el sabio con los nuestros hallamos un momento de alivio en medio de las tempestades que perturban nuestro horizonte. La civilizacion moderna ha hecho en el orden moral una importante conquista desterrando de la ley esas uniones pasajeras que siendo incapaces de armonizar permanentemente las familias socaban las sociedades en sus cimientos.—*Santiago Diego Mudrazo.*

HISTORIA INGLESA.

ARTICULO SEGUNDO.

La restauracion de 1660.

A la muerte de Cromwell se introdujo la

division en su ejército, y se hizo sentir en Inglaterra, despues de diez años de opresion, la esperanza de la libertad. El general Jorje Monck con su presencia de ánimo anonadó en breve estas esperanzas; llamó al socorro de la dominacion de Cromwell á sus antiguos rivales, y se concluyó un tratado entre Monck por parte del ejército y Carlos II por la de los realistas, en cuya virtud el hijo de Carlos I entró triunfante en Londres escoltado por los mismos soldados que habian conducido á Carlos I al cadalso. Esto es lo que han llamado los escritores de Inglaterra la restauracion. En estos dias de festejos y de regocijos brillantes, en que el populacho olvidado de la libertad vencida se embriagaba con los vencedores, los patriotas perseguidos en nombre del rey, como lo habian sido en el del Protector, se ocultaban ó huian; Sidney y Ludlow cruzaban los mares; Vanes y Harrison estaban en los calabozos.

Pasados los primeros trasportes, despues que se repartieron los destinos, pensiones, títulos y honores; luego que los sirvientes fieles de la tirania usurpadora recibieron, conforme al tratado de alianza, salvos conductos, signados con el sello real, quiso el rey, en menosprecio de este mismo tratado, verter sangre y vengar la afrenta de sus derrotas, bajo el pretexto de vengar á su padre. Sus nuevos cortesanos, aquellos á quienes la muerte de Carlos I habia elevado á la fortuna, no opusieron ninguna resistencia á estos excesos de piedad filial. Tuvieron hasta la infamia de ser jueces de los que se llamaba regicidas y enviar al cadalso á diez hombres que habian sido sus amigos, y que juzgando la rey no habian hecho mas que ejecutar sus órdenes intimadas con sable en mano. Con esta sangre firmaron la promesa de ser fieles al nuevo poder, como al anterior.

Mas no se paró aqui; era preciso enseñar á la nacion que el patriotismo sin regicidio y aun enemigo del regicidio no era menos digno de muerte. Vanes y Sidney no habian querido mancharse con la muerte innoble de un rey prisionero; sin embargo, Vanes fue entregado á los verdugos, y asesinos pagados persiguieron á Sidney hasta en el destierro. Madama Enriqueta, hermana de Carlos II, jóven, bella y sensible, esplendor de los bailes de Luis XIV era la que por su mansion en Francia estaba encargada de dirigir estas expediciones, dar las órdenes y pagar el salario á los asesinos, treinta coronas por cada cabeza de proscripito. El asilo inviolable que ofrecia á los patriotas ingleses el pueblo de Holanda, encen-

dió contra esta nacion libre el odio del tirano de Inglaterra; Carlos II le declaró la guerra bajo pretestos falsos de comercio. Sus flotas asaltaron de improviso los navíos de los comerciantes batavos, que lejos de vengarse con bajas represalias publicaron que los ingleses eran sus amigos, y que armándose contra su déspota creían por ellos combatir. La nacion inglesa deseó su victoria; y cuando Ruyter y Vitt quemaron los navíos de Carlos II á la vista de Londres, cuando asustado Carlos II pidió socorros al parlamento, fué este por respuesta un bill que licenciaba todas las tropas. Los espíritus superficiales con dificultad comprenderán esta conducta inspirada por un patriotismo mas elevado que el vulgar. No extrañó el rey ver á aquellos, cuya libertad destruía, unidos en intereses y esperanzas con el pueblo libre que intentaba anonadar. Suspendió la ejecucion de sus proyectos; pero meditó un plan mas vasto durante la tregua; reflexionó que habia mas reyes que él en Europa y que por tanto habia otros á quienes debia herir igualmente la presencia de la independencia holandesa; pensó en Luis XIV.

Este rayo de luz que aparecia á Carlos II hirió vivamente al rey de Francia; se concluyó una alianza secreta, y los dos monarcas se obligaron á armar todas sus fuerzas contra las potencias unidas, á destruir el gobierno de estas y á reponer á los príncipes de Orange en su abolida autoridad. Despues de haber pedido al cielo bendijese esta expedicion, emprendida por su sola gloria, los dos reyes hicieron avanzar ciento treinta navíos de guerra, y ciento treinta mil combatientes contra el puñado de hombres libres que enriquecia con sus trabajos y honraba con su independencia las provincias de la Batavia.

Los navíos mercantes de los holandeses fueron perseguidos en los mares y sorprendidos por astucias infames; se insultó á este pueblo en manifiestos llenos de todo el orgullo de la victoria que el despotismo se prometia sobre los únicos hombres libres; y este pueblo, como antes, respondió con protestas de amistad hácia la nacion, cuyos representantes se decian los que le ultrajaban y los que quemaban sus ciudades. Pero la fortuna no siguió la buena causa; los soldados de Luis XIV sentaron sus campamentos á las puertas de Amsterdam; los ciudadanos rompieron los diques del mar y sumergieron sus propias casas para salvarlas de la esclavitud. Desgraciadamente tambien habia en Holanda ambiciosos y débiles; tomaron

el partido de los reyes agresores, y el príncipe de Orange, á quien estos destinaban una autoridad suprema, la recibió de manos del populacho sublevado contra sus magistrados. Los dos mas grandes ciudadanos de los tiempos modernos, los hermanos Vitt perecieron á los golpes de los traidores; la libertad pereció con ellos, y se consumó el desiguiño de los reyes. Mientras estos combates contra la libertad de una nacion extranjera, no olvidaba Carlos II que debia borrar todo vestigio de independencia en los tres países que le habia sometido la suerte. La Escocia, como la Inglaterra, habia visto caer algunas cabezas, pero pronto fue herida en masa. Un decreto emanado de Londres mandó á los escoceses dejasen su religion; se enviaron verdugos, jueces, soldados para forzar á la obediencia á los hombres cuyos mas sagrados derechos violaba este decreto. Millares de montañeses medio salvajes se desencadenaron contra ellos; y se estendieron por todas partes el pillaje, los incendios y las matanzas. Si aun fueron perdonadas las mugeres, y temiendo que la narracion de estos horrores despertase, á impulsos de la compasion, el ánimo de la nacion inglesa, se prohibió bajo pena de muerte, salir de las fronteras de la Escocia.

Todas estas hazañas tan bien calculadas para asegurar el poder le prometian muchos años de bonanza; y los hubiera gozado sin duda, si hubiera podido mantenerse unido en lo interior de sí mismo. Pero vino á alligarle en medio de sus triunfos el azote de las discordias intestinas; el gobierno de la restauracion estaba dividido entre dos clases de hombres, antiguos enemigos. En los primeros dias de esta gran reunion, el sentimiento vivo de sus intereses comunes los habia puesto enteramente de acuerdo; se habian abrazado como hermanos; pero recayendo pronto bajo el peso de sus antipatías antiguas, se habian odiado como rivales. Carlos II afectaba hácia todos una difícil imparcialidad; demasiado hábil para no conocer que los traidores á la libertad son los mejores instrumentos contra ella, daba á los Cromwellistas la mayor parte de la autoridad, reservando pensiones por indemnizacion para sus antiguos amigos. Estos se indignaron de que se despreciase su experiencia; se quejaron del rey, murmuraron y despues pasaron de las quejas á las conspiraciones. Empeñáronse á destruir á Carlos II y hacer rey al duque de York su hermano, mejor dispuesto respecto de sus intereses. Tal fue el origen de la cons-

piracion legitimista, tan célebre en la historia de Inglaterra. Carlos II hábil y diestro quiso desde luego ahogar todo ruido de conspiracion, conociendo bien que podia desarmar sin violencia el brazo de los conspiradores. La imprudencia de un ministro hizo inútiles sus esfuerzos, y entonces se apresuró á poner fin á las pesquisas con el suplicio de algunos jesuitas y de un lord á quien pudo salvar; luego, cambiando de política, volvió á atraer á sí á los nobles, al alto clero y á todos los legitimistas.

Este partido se contentó, pero el otro á su vez murmuró; los apóstatas de la revolucion, los que primero la habian vencido, temieron ver pasar á otras manos todos los frutos de su victoria. En su alarma se aventuraron á hablar de patriotismo y á invocar el socorro de los patriotas; estos arrastrados de una esperanza vaga respondieron á su llamamiento. Así nació la famosa oposicion de 1678, primer ejemplo de esta oposicion sistemática que se ha perpetuado en Inglaterra. Carlos II se irritó de esta liga, que confundia todas sus ideas; menos ilustrado que sus sucesores, creyó su dominacion en peligro, cuando oyó á los Shaftsbury proclamar de nuevo la independencia que habian abjurado y tender la mano á los ciudadanos que habian vendido por destinos. Feroz y cruel por temor, se rodeó de espías, de testigos falsos, de jueces vendidos, y con su ayuda llenó las prisiones y ensangrentó los cadalsos. Para responder á estas violencias la oposicion conspiró; pero no á la manera del pueblo inglés, no por la libertad; sino como los legitimistas por tener un rey de su agrado. Estos habian trabajado por el duque de Yorck; los nuevos descontentos por el duque de Monmouth, hijo natural de Carlos II. Mientras que para asegurar sus proyectos redoblaban su adhesion á los amigos de la patria, Sidney, de vuelta, despues de veinte años de destierro pensó de su parte ligar á los verdaderos partidarios de esta causa antigua, tantas veces vencida y siempre desesperada. Los gefes de la oposicion le buscaron; Sidney no les ocultó sus designios; y ellos sin estar de acuerdo sobre el objeto de la guerra que iba á emprenderse, se mostraron dispuestos á seguir dos proyectos bien distintos el uno del otro, el renacimiento de la libertad y un cambio de señor. La muerte del rey no entraba en los designios de Sidney, ni aun en los de aquellos descontentos, que, como Rusel, tenian elevacion de alma; esta muerte, sordamente tramada por algunos des-

contentos subalternos, se imputó á los dos: Rusel y Sidney perecieron.

Igualmente impávidos delante del suplicio, ofrecieron los dos un ejemplo admirable de grandeza de alma; pero Rusel acusaba al despotismo de anivelarlo todo: «no hay ya Grandes» decia; mientras que Sidney no concebía mas grandeza que la de la virtud y del genio, su brazo se habia armado para conquistar la paz de la independencia. — *Salustiano Ruiz.*

POLIOANIA.

Causa principal de la diversa situacion de los pueblos orientales y occidentales.

Dijimos en el número anterior que una admirable distancia separaba á los pueblos de Oriente y de Occidente, y que entre las causas principales descollaba la diversa condicion que en unos y otros pueblos disfrutaban las mugeres. En el presente artículo vamos á dar mayor estension á estas ideas (1).

La historia, que no es á nuestro entender otra cosa que la relacion de esa interminable lucha que ha empezado con el mundo y ha de subsistir tanto como él, de esa lucha permanente entre el hombre y la naturaleza, entre el espíritu y la materia, entre la libertad y la fatalidad; la historia nos suministra á cada paso pruebas del evidente contraste que entre los pueblos de Oriente y de Occidente ha reinado y reina respecto á costumbres y caracteres. Si no estuviéramos seguros de que en la contienda del hombre con la naturaleza es aquel el que lleva la parte mas ventajosa, porque esta permanece inmóvil mientras que el hombre consigue cada día un nuevo triunfo, nos inclinariamos á buscar la causa de la inmovilidad y estancamiento en que yace la civilizacion del Asia, en el poder fatal de la misma naturaleza. Creeríamos en verdad que esa tierra prodigiosa que da al año triplicadas cosechas; que esa tierra en que los vegetales son gigantescos convirtiéndose nuestra humilde caña en el bambú de sesenta pies de altura, en que

(1) En este artículo hemos en gran parte reasumido las ideas que sobre el particular espuso detenidamente, en una obra de medicina publicada en los últimos años, M. Lallemand, distinguido profesor de Montpellier.

el reino animal tiene sus mas colosales individuos, aturde y anonada al hombre que agobiado con el inmenso poder de aquellas fuerzas, no halla en su desaliento otro recurso que el de entregarse sin condicion á merced de ellas.

¿En qué pues consiste esa diferencia tan marcada entre las dos clases de pueblos mencionados? ¿Por qué es el oriental enemigo de todo movimiento; por qué rechaza todo cambio fisico ó moral; por qué consume su indolente vida en el interior de los harenes; por qué, si tal cual vez deja brillar algun rayo de impetuosa energía, se hunde pronto en su habitual abatimiento, y deja gobernar como un pacífico rebaño? ¿Por qué el hombre del Occidente se halla poseido de una actividad inquieta y emprendedora; por qué con tal entusiasmo abraza la independencia y la libertad; de donde le viene esa pasion por la gloria y por los grandes hechos; de donde ese infatigable ardor con que vuela en pos de todo cuanto puede encaminarle á la perfeccion y al engrandecimiento? ¿Por qué desde la expedicion de los argonautas hasta la conquista de Argel han estado siempre en combate, y llevando siempre la ventaja el Occidente? No será todo esto á influjo de la raza, porque á la raza caucásica pertenecen como nosotros los turcos, los egipcios y los persas; no será por el clima, porque en mitad de la India conservan los ingleses su energía, su actividad y su perseverancia; no será tampoco por las instituciones políticas ó religiosas, porque en Oriente y en Occidente han sufrido trastornos las formas de gobierno y las religiones, sin que por eso se hayan modificado los tipos primitivos que los distinguen. ¿A qué pues atenemos? Una sola cosa ha permanecido invariable en ambos lados, y es lo concerniente al matrimonio; en el Oriente ha reinado sin interrupcion la poligamia; en el Occidente solo ha estado autorizada la monogamia. Hé aqui la clave que mejor sirve para desentrañar la razon de tales diferencias.

Los placeres fisicos, llevados hasta el exceso que la poligamia consiente, son los que envuelven la vida del oriental, cuyos agotados deseos escita y desentorpece la variedad auxiliada por secretos y preparaciones que no nos cumple referir. Allí las satisfacciones intelectuales y morales que entre nosotros forman los mas dulces afectos del matrimonio son del todo desconocidas; allí domina la imbecilidad física y moral que los excesos producen. Solo pueden, es cierto, disfrutar las delicias de un

numeroso haren los ricos; pero de ellos es de donde parte el impulso de las costumbres, porque el pueblo no deja de imitarlos en cuanto puede; escaso ademas el pueblo de mugeres, puesto que siempre la opulencia de unos se labra con la miseria de otros; se entrega en el Oriente sin trabas ni pudor á repugnantes sensualidades. Y donde en tales torpezas viven los hombres encenagados, ¿es dable que subsista ni aun una chispa siquiera de ese sagrado fuego de la energía moral á que la especie humana debe todo su encumbramiento? ¿Y cuál ha de ser la educacion de la infancia, esa educacion primera que el niño recibe envuelta entre las dulzuras del maternal regazo, de la que pende el futuro bienestar del hombre, sin la que está cerrada la puerta de la prosperidad á las naciones, allí donde las leyes de la poligamia reducen á la muger al estado de un ente abyecto, impuro, de una mercancía en que se buscan solo formas hermosas, sin contar para nada el adorno de la inteligencia ni el brillo de las virtudes? Son raras por consiguiente las virtudes domésticas; y cuando ellas faltan no se conocen tampoco las públicas; el espíritu de envilecimiento de la familia corroe las naciones enteras de que aquellas son el único elemento. Hé ahí la situacion del Oriente.

Contraria es la tendencia que se ha mostrado siempre en los paises del Occidente en cuanto al principio fundamental del matrimonio; las leyes establecian la monogamia; los filósofos propagaban principios hasta cierto punto ascéticos; las instituciones gimnásticas patentizaban el gran precio de la continencia, y las religiones antiguas la honraban como una virtud, porque si Venus tenia altares tambien se tributaba culto á Vesta, á Minerva y á Diana. Por eso la religion cristiana, que mas de una vez mencionaremos por su incalculable influencia en el progreso humano, y porque creemos que de esta época de trasformaciones ha de salir mas pura estableciendo de hecho su catolicismo; por eso estendió sus conquistas hácia el Occidente que desde tiempo inmemorial vivía bajo el imperio de la monogamia, sin que pudiese señorear las regiones del Asia ni aun sostenerse en el pais que fue su cuna. Mahoma conoció bien que hablaba con pueblos sensuales, y lisonjeando sus hábitos dejóles la poligamia aunque restringida á cuatro esposas legítimas, y prometiéndoles un paraiso poblado de celestiales *houris*, jóvenes siempre y siempre hermosas.

La religion del *Coran* fue pues un progreso para los pueblos del Asia, pero ha sido impotente para sacarlos de su abatimiento. En vano el entusiasmo religioso les imprimió un ardor desconocido, y los arrojó sobre la Europa como asoladoras tempestades; aquel torrente no solo fue reprimido, sino que una reaccion violenta desplomó en seguida al Occidente sobre el Oriente cuando la romancesca empresa de las Cruzadas. Donde quiera esos hombres *afeminados*, como de los antiguos persas decian los griegos que conocian muy bien la causa de que la inferioridad de aquellos estaba pendiente, han cedido el campo á los guerreros occidentales.

Y mientras ellos yacen en su inmovilidad secular se lanza la sociedad europea de una en otra conquista; lucha obstinadamente contra todo linaje de opresiones; auxiliada de los poderosos descubrimientos de su ingenio marcha con denuedo á la conquista del globo, arrai- gándose en ella mas que con las armas con el comercio, la industria y las misiones, re- emplaza la raza indigna de América, tiene en sujecion á la India con un puñado de hombres, se estiende en el Africa, y apenas descubre las numerosas islas de la Oceania cuando las hace sentir el influjo de sus costumbres y civilización.

Cuando vemos pues tan marcada diferen- cia entre dos pueblos que han seguido distintas direcciones en lo que se refiere á lo mas íntimo de las familias; cuando vemos á un lado poli- gamia, harenes y serrallos, mutilacion bárbara, escesos repugnantes, poblacion escasa, indo- lente, entregada á la ignorancia y por consi- guiente á la miseria y despotismo; y por el otro monogamia, austeridad cristiana, difusion mas igual de la felicidad doméstica, incremento no interrumpido de ilustracion, libertad y dicha, multiplicacion rápida, poblacion activa, labo- riosa, y audaz; cuando todo esto contempla- mos, creemos poder afirmar con suficientes ga- rantias que la condicion de las mugeres y el es- tado de las relaciones conyugales son uno de los elementos mas poderosos é influyentes en la ci- vilizacion, y olvidando los intereses de una po- litica mezquina juzgamos que la suerte del Oriente ha de cambiar en manos de la Ingla- terra y de la Rusia, y que la época de este su- ceso de incalculable trascendencia se adelanta con veloces pasos.—*A. Gil Sanz.*

Interior de un templo gótico.

Cuando el alma se levanta
A fantásticas regiones

Y ricos gérmenes lleva
De felices ilusiones,
Al recordar otros siglos
No detiene su carrera
En los magníficos restos
Del pais de la palmera,
Ni en los campos venturosos
De la Arcadia celestial,
Ni en las tumbas gigantescas
Del Egipto colosal.
Hay no lejos de nosotros
Una época sombría,
Oscura por su ignorancia,
Brillante por su hidalguía,
En que el hombre se detiene,
Y al ver su lúgubre historia
La vista aparta del cuadro
Maldiciendo su memoria.
En esos siglos oscuros
Todo es soberbio y altivo;
Aun en las tumbas que quedan
Se mira su orgullo vivo.
Cada plaza era un palenque,
Cada sabio un hechicero,
Cada junta una batalla,
Y cada hombre un guerrero.
¿Y qué ha quedado á los pueblos
De esos trofeos feudales?
Solo una cosa sublime,
Las gigantes catedrales.
De menuda filigrana
Es su rica vestidura,
Y cual bellísima virgen,
Es esbelta su figura.
Mas cuando el alma embargada
No parece que está viva,
No es viendo el primor ni el lujo
De la hermosa puerta ojiva,
Es al entrar y mirar
De una columna en los hombros
La inmensurable techumbre,
Que algun dia será escombros:
Si se estampa un pie medroso
En el liso pavimento,
Oyese el eco cien veces,
Cual si se estamparan ciento.
Las lámparas encendidas,
Las rejas que se levantan,
Las sombras que las duplican,
Y que al mas osado espantan;
La procesion de columnas
Puestas en fila y de frente,
Las figuras de los vidrios
Con su ademan imponente,
El espacioso cimborio,
Con sus brazos el crucero,
Los crucifijos con sangre,
Y en cada tumba un guerrero,
Hacen del vasto recinto
De un templo de aquella edad,
Un ser que recuerda al hombre
Cuán grande es la eternidad.
En esta mansion augusta
Debeis solo habitar vos,
Ser sin principio ni fin,
Origen de todo, Dios.

Santiago Diego Madrazo.

SALAMANCA : IMPRENTA DE MORAN.